

«Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo»

TOMO 5

# *El Impostor*



Avner Gold



EDITORIAL BNEI SHOLEM

©editorial BNEI SHOLEM

Título del Original en Inglés

# The Impostor

by Avner Gold

Unico autorizado para la distribución  
y comercialización en español

**Editorial Bnei Sholem**

©COPYRIGHT 2006

Todos los derechos reservados. No pueden reproducirse en forma alguna, partes de este libro, ni tampoco almacenarse o recuperarse información, en forma total o parcial en cualquier idioma (con excepción de citas breves en artículos de crítica o análisis), sin el consentimiento escrito del editor.

Se aplicarán estrictamente los derechos de autor.



**EDITORIAL BNEI SHOLEM**

**Jean Jaures 737**

**Buenos Aires ARGENTINA**

**tel: 54 4961 8338 / linea USA 1718-618-4158**

**Whatsapp +549 11 5111 2925**

**[editorial@bneisholem.com.ar](mailto:editorial@bneisholem.com.ar) / [editorialbneisholem@gmail.com](mailto:editorialbneisholem@gmail.com)**

**[www.bneisholem.com.ar](http://www.bneisholem.com.ar)**

ISBN: 987-9096-82-7

IMPRESO EN ARGENTINA

PRINTED IN ARGENTINA

---

Gold, Avner- El Impostor - 1a ed. - Buenos Aires : Bnei Sholem, 2005.

I. Judaísmo. I, trad. II. Título - CDD 296

---

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

# Contenidos



Prefacio a la versión castellana .....	iv
Nota del Editor .....	vi
1•Chispas de santidad .....	1
2•Primeras andanzas.....	39
3•Dientes de dragón .....	67
4•Visiones en la noche .....	95
5•La casa de Jelebi .....	131
6•El Sanador de Almas.....	159
7•Estruendo distante .....	187
8•El rey de Esmirna .....	197
9•La Fortaleza del Poder .....	231
10•Nejemia Kohen.....	257
11•En el palacio del Sultán.....	275
Glosario de términos.....	291

# *Prefacio a la versión castellana*

Con alabanza y gratitud al Creador, tenemos el agrado de presentar la versión en castellano de la popular «*Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo*» por Avner Gold.

Ya desde su aparición en el idioma inglés se ha convertido en un favorito de los niños y adultos de todas partes y se lo ha establecido como un estándar en la lista de lecturas preferidas de padres y educadores.

En los ocho tomos que la componen, el lector se verá transportado a lugares tan distantes como Cracovia, Estambul, Viena y Ierushalaim. Por sus atrayentes páginas desfilan todo tipo de personajes del mundo judío de entonces: niños desaparecidos en conventos, sencillos mercaderes, sabios rabinos, marranos, falsos mesías, devotas mujeres. Aunque mucho de los protagonistas son ficticios, fruto de la imaginación del autor, cada uno de los fascinantes tomos está ambientado en un escenario histórico real cuidadosamente documentado -citando fechas y lugares concretos cuando es necesario-, como ser los pogroms cosacos en Polonia, la aparición del falso mesías Shabetái Tzví o la situación de los marranos en Europa.

A medida que avanzamos en la lectura nos convertimos en partícipes de las alegrías y las tristezas, el heroísmo y la

fe, el amor por la tradición y la santa Torá.

Escrita en un hermoso estilo, en que siempre aparecen también encantadoras descripciones de la vida cotidiana de la época, el lector hispanohablante se topará con un deleite literario que le era totalmente desconocido hasta la fecha en su propia lengua y que gracias al elogio constante que hace de los valores eternos de la Torá, a sus enseñanzas morales aplicables también en el mundo de hoy y a su excelente calidad literaria, se ha vuelto un preciado clásico en hogares judíos de todo el mundo.

Esperamos que este libro despierte un profundo interés y un genuino amor a Di's y a su Torá y que ello origine el anhelo de profundizar en el la aplicación de los preceptos en la vida cotidiana, a fin de elevar su nivel, dado los valores eternos que contiene, para que así muy pronto tengamos la llegada del Mashíaj en nuestros días. Amén.

**Editorial Bnei Sholem**

## *Nota del editor*

A lo largo de los siglos, desde la destrucción del segundo Beit Hamikdash, diversos aventureros y falsos profetas han reclamado su derecho al manto real de Mashíaj y prometido traer fin al largo y amargo galut del pueblo judío. Estos movimientos mesiánicos trajeron casi invariablemente trágicos resultados, pero ninguno más que la perniciosa campaña mesiánica del tristemente célebre falso Mashíaj Shabetái Tzvi, la figura central de El Impostor de Avner Gold.

Nacido en Esmirna, Turquía, en 5386 (1626), Shabetái Tzvi creció en uno de los períodos más inestables de la historia, tanto desde el punto de vista del pueblo judío como del mundo en general.

En España y Portugal, la Inquisición intensificaba su persecución a los marranos, y quemas en estacas muy promocionadas se volvieron un acontecimiento casi diario. En el Reino de Polonia, se desataba la furia de los cosacos contra el pueblo judío en lo que fueron en ese entonces las masacres más brutales y extendidas desde la destrucción de Ierushalaim.

Dondequiera que el pueblo judío se asentara, eran perseguidos, tratados brutalmente, ridiculizados, gravados con exorbitantes impuestos. Sufrieron de confiscación, expulsiones, reclusión en guetos, libelos de sangre. El galut estaba en su punto más bajo.

El mundo gentil también estaba en agitación. Europa estaba desgarrada por treinta años de guerras religiosas y desestabilizada por nuevas ideas. El derecho Divino de los reyes era desafiado. La economía del mundo estaba en declive. Los bancos quebraban. Los precios se desplomaron en Alemania en 1620, y en Italia y Holanda cerca de veinte años más tarde. El futuro se veía negro, y todas las personas inteligentes por lo general coincidían en que el mundo estaba evidentemente llegando a su fin.

En este clima, las enseñanzas de Shabetái Tzvi y su alegación de qué él era Mashíaj encontraron un público entusiasta; además, su familiaridad con la Kabalá infundía un temor reverente al pueblo e hizo que pasaran por alto algunas de sus deficiencias más obvias. La brillante cabeza y el inmenso carisma de Shabetái Tzvi fueron factores importantes en sus grandes éxitos y fueron también decisivos en lo referente a convertir a su movimiento en un culto místico. El Impostor traza el desarrollo de este culto desde sus orígenes más tempranos con misteriosos encuentros de medianoche en las costas de la bahía de Esmirna a su esplaznante clímax en las cortes imperiales del sultán turco.

El Impostor es el quinto tomo de la popular «*Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo*». En sus páginas, el desarrollo del culto místico de Shabetái Tzvi es visto en su mayor parte a través de los ojos de los personajes de la saga Pulichever, en especial Iejiel Tomashov, un personaje idealista pero débil que es un candidato perfecto para la propaganda de Shabetái Tzvi.

La mayor parte de la información conocida acerca de Shabetái Tzvi y su movimiento se obtiene de cartas y diarios personales escritos en aquel entonces. Los autores de estos documentos no eran por lo general observadores objetivos, y a menudo es difícil distinguir entre hecho, fantasía y leyenda. Hasta relatos históricos escritos mientras los recuerdos de aquellos sorprendentes eventos estaban aún frescos, tal como Tzitzas Noveil Tzvi de Reb Iakov Shashportas, dependieron parcialmente de fuentes de fiabilidad menos que perfecta. Como es lógico, hay una desmesurada cantidad de discrepancias y contradicciones entre los relatos de diversas fuentes históricas. En efecto, hasta la cronología de los eventos y el itinerario exacto de los viajes de Shabetái Tzvi varían de fuente en fuente.

Para los fines de este libro, se ha construido y seguido una combinación sensata de la información disponible. Los eventos descritos en este libro son eventos **reales**, aunque los detalles han sido novelados.

Todos los personajes de El Impostor son históricos, a excepción de las familias Pulichever y Tomashov, Gamliel Basnoun y Elazar Ashkenazi. Varios de los personajes secundarios, no obstante, están a decir verdad sacados de fuentes más coloridas que creíbles. Algunas de las visiones y sueños descritos también se han obtenido de fuentes tales.

Referencias por nombre a aquellos de los más prominentes partidarios de Shabetái Tzvi que eventualmente lo abandonaron han sido suprimidas del libro, porque publi-



car tal información constituiría lashón hará. Referencias a la naturaleza libertina de la tercera esposa de Shabetái Tzvi, Sara, y otro material delicado se han también suprimido del libro.

El Impostor describe uno de los tiempos más tristes de nuestra historia. Tan profundo como fue el júbilo de nuestro pueblo cuando creyó que sería redimido, si es que podemos imaginarlo, todavía más profunda fue su desilusión cuando sus esperanzas fueron truncadas. Es un tiempo que guarda mucha semejanza con el nuestro, llegando como lo hizo durante una era post-holocausto, en un mundo de luchas políticas globales y altas esperanzas mesiánicas. El Impostor ofrece extraordinarias penetraciones de esta época crucial de nuestra historia. Siendo así, es una importante herramienta educacional para la instrucción del aula, así como también una experiencia de lectura apasionante e instructiva para todo miembro de la familia.

CAPÍTULO I  
*Chispas de santidad*





Gamliel Basnoun iba apresurado a través de las calles iluminadas por la luna de Esmirna, su alargada sombra ondulando a través de las casetas con los postigos cerrados de la plaza del mercado. Dobló en las angostas y sinuosas calles del barrio judío y pronto se detuvo junto a una casa de piedras blancas que yacía escondida detrás de un conjunto de higueras. Sólo el suave susurro de las diminutas hojas perturbaba el silencio nocturno.

Gamliel se pasó los dedos por su larga y suelta barba pelirroja y miró fijamente el piso superior, sus ojos persistiendo en las oscurecidas ventanas de la habitación de la esquina. Se aproximó a la casa a hurtadillas e hizo un intento para abrir la puerta. Estaba firmemente cerrada. Por un momento, se quedó allí indeciso; luego, refunfuñando suavemente para sí, giró hacia el costado de la casa.

Un tubo de desagüe corría desde el rojo tejado y pasaba

justo por la ventana de la habitación de la esquina. Tiró del tubo de desagüe con ambas manos. No cedía de los soportes de roble estrechamente espaciados que lo mantenían contra el muro.

Utilizando los soportes como mano y puntos de apoyo para los pies, Gamliel trepó con destreza por el tubo de desagüe. Se aferró a éste con su brazo derecho y dio suaves golpecitos al cristal de la ventana con su mano izquierda. Silencio. Golpeó nuevamente. Todavía sin respuesta. Empujó la ventana. Ésta se abrió hacia adentro, y él entró en la habitación.

Formas sombrías aparecían en la penumbra mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. A lo largo de un muro se levantaba un lavamanos y una cómoda; a lo largo del otro, una estrecha cama. Un joven yacía en la cama, acurrucado bajo una manta que lo protegía del frío de la noche turca.

Dando un paso silencioso tras otro, Gamliel se acercó cautelosamente a la cama, el sonido de la respiración regular del joven haciéndose más alto a medida que se aproximaba. De repente, una de las tablas del suelo chirrió terriblemente bajo el peso de Gamliel, y el joven se incorporó en su cama sin demora. Sus ojos se ensancharon al ver la oscura figura que lo amenazaba, y abrió la boca para gritar. Pero Gamliel fue más rápido. Se abalanzó hacia adelante y sujetó firmemente su mano contra la boca del joven. El joven luchaba violentamente.

—¡Termínala, Iejiel! —dijo Gamliel siseando en el oído del

joven—. Despertarás a toda la casa. Se trata sólo de mí. Gamliel Basnoun.

Lentamente, Gamliel sacó la mano de la boca de Iejiel y se sentó en el borde de la cama.

—¡Gamliel, me asustaste! —susurró Iejiel—. ¿Qué está pasando? ¿Qué estás haciendo aquí en mi habitación en medio de la noche?

—No quería asustarte, Iejiel. Me pediste que te llamara la próxima vez que nos encontráramos con el maestro. Bien, he venido a llamarte. Es esta noche. Vístete rápido si deseas venir. ¿Hubieras preferido que te dejara dormir?

Iejiel se levantó de la cama tambaleándose y se lavó las manos.

—No, estoy contento de que hayas venido a buscarme —dijo—. Estoy muy deseoso de conocer a Shabetái Tzvi. ¿Pero por qué no podías decírmelo antes? ¿Por qué era necesario trepar a mi ventana y espantarme casi hasta morir?

—Yo mismo no lo supe sino hace sólo dos horas. Estoy seguro de que sabes que el maestro ha estado en retiro durante semanas. Yo mismo hablé con él sólo una o dos veces durante todo este tiempo, y pude ver que estaba agotado por sus luchas contra las fuerzas demoníacas de la oscuridad. Pero esta noche, gracias al Cielo, el maestro se abrió paso, y un nuevo período de iluminación ha comenzado. Cuando recibí el mensaje de ir a su casa, corrí. El maestro estaba radiante. Me dijo que llamara a los otros de inmediato y que les dijera de vestir los caftanes de lona azul. Jus-

to cuando retornaba me acordé de que me habías pedido que te llamara en la próxima ocasión, y vine a buscarte. La puerta estaba cerrada, así que entré por la ventana. Todavía estás interesado, ¿no es cierto?

–Sí, por supuesto que lo estoy.

–Bien. Considerate afortunado. Uno nunca sabe cuándo será la siguiente oportunidad. A veces estos períodos de iluminación duran sólo un día.

–Comprendo, Gamliel. ¿Tienes un caftán para mí?

–Sí, tengo uno para ti. Lo buscaremos en el camino. Ven rápido. Debemos apresurarnos.

–¿Te importaría si nos vamos por la puerta? –preguntó Iejiel con una sonrisa irónica–. Te aseguro que el propietario no intentará detenernos. Mi alquiler está totalmente pago.

–Si tú insistes, no pondré objeciones.

Caminando vivamente, los dos hombres abandonaron el barrio judío, deteniéndose sólo para buscar los caftanes de la habitación de Gamliel. Cruzaron la ancha Calle Dorada, la calle principal de la ciudad, y doblaron al oeste, pasando las antiguas ruinas griegas en lo alto de la colina Deirmen, mientras se dirigían hacia el mar.

Pronto estuvieron al lado de los muelles del puerto natural. La pálida luna del invierno salpicaba luces plateadas sobre los barcos mercantes británicos, los bergantines venecianos y las goletas holandesas que anclaban entre enjambres de embarcaciones de pesca costera. Cabos montañosos resaltaban a ambos lados del puerto, cual fornidos bra-

zos contra el enojado rugido del mar, pero no podían detener las ráfagas de aire frío desde las distantes estepas rusas que venían aullando a través del descubierto canal.

Gamliel y Iejiel se apretaron sus caftanes más ajustadamente y se dirigieron al sur a través de la costa. Mientras abandonaban la ciudad detrás de ellos, otros hombres que vestían caftanes de lona azul comenzaban a aparecer desde la oscuridad. El creciente grupo de hombres caminaba unido en silencio. Para el tiempo en que se detuvieron, en una alta cima de una colina dentro de la vista del golfo, había en el grupo veinte hombres.

La cima de la colina estaba completamente desierta a no ser por el tocón de un gran roble. Hacía frío, y los hombres acercaban las capuchas de sus caftanes hasta que estuvieran muy por encima de sus cabezas. Se reunían en pequeños grupos, indistinguibles los unos de los otros, y hablaban bajo mientras aguardaban la llegada del maestro. Gamliel y Iejiel se pararon a un lado, hipnotizados por el mar.

—¿Dónde está Shabetái? —preguntó Iejiel con impaciencia—. ¿Por qué todavía no está aquí?

—Mantén la voz baja —gruñó Gamliel—. Cuando estés entre nosotros debes referirte a él como “el maestro”. Jamás debes dirigirte a él o hablar de él por el nombre. ¿Comprendes?

—Sí, efectivamente —dijo Iejiel, inquieto—. No tenía la intención de faltar el respeto. Tendré más cuidado en el futuro.

—Sé que no tuviste la intención de faltar el respeto, mi joven amigo. Créeme, aunque el maestro no es sino tres años mayor que tú, una vez que lo conozcas encontrarás de lo más natural dirigirte a él de aquel modo. Yo soy mayor que él, y lo acepto como mi maestro. Tú también lo harás —hizo una pausa—. Eso es, por supuesto, si eres lo suficientemente afortunado como para que se te encuentre digno. Escucha con toda tu atención las palabras del maestro, Iejiel. Estate preparado para que se te ponga a prueba cuando te presente ante él más tarde.

—¿Estás seguro de que no le molestará mi venida?

—¿Por qué debería molestarle? Vienes como un amigo interesado en aprender. No como un enemigo o un espía. ¿No es así?

—Desde luego, desde luego. Sabes que se puede confiar en mí, Gamliel —Iejiel miró ansiosamente hacia Esmirna—. Ojalá ya hubiera llegado.

—Pero ya ha llegado, mi querido Iejiel. Estuvo aquí antes que todos nosotros.

—¿De qué estás hablando? ¿Dónde está?

—¡Allí! —dijo Gamliel, señalando el mar.

En la distancia, más allá de una enorme roca que sobresalía del golfo, Iejiel pudo apenas distinguir la cabeza de un hombre que se balanceaba en las turbulentas aguas. Observaba con asombro mientras el hombre se sumergía repetidamente en las glaciales aguas. Después de sumergirse más de una docena de veces, el hombre dio la vuelta y se diri-



gió a la costa detrás de la rocosa cortina de la gran piedra en la orilla del agua.

Varios minutos después, el hombre emergió totalmente vestido desde detrás de la gran roca y comenzó a caminar hacia la cima de la colina. Incluso desde lo lejos, Iejiel pudo reconocer el majestuoso y familiar porte de los tiempos en que había visto a Shabetái Tzvi caminar por las calles de Esmirna.

Desde el primer momento en que hubo visto a Shabetái Tzvi, Iejiel supo que había en el hombre algo extraordinario. Parecía completamente ajeno al mundo que lo rodeaba, su alma en llamas con un fuego santo que ardía desde sus ojos. Pero entonces el fuego amainaba y se extinguía, y Shabetái Tzvi permanecía recluido en la casa de su padre.

No hacía mucho, Shabetái Tzvi había sucumbido a la voluntad de su padre y se había casado con Rajel, la hija de Reb Aharón, un prominente mercader de Esmirna, pero el matrimonio había terminado en un divorcio inmediato. Shabetái Tzvi era sencillamente demasiado santo como para vivir una vida corriente junto con una esposa corriente, la gente decía. Algún día, el Cielo le enviaría una esposa de igual santidad. Sólo entonces se casaría.

Iejiel había escuchado todas las historias de los extraordinarios poderes de Shabetái Tzvi y de la pureza de sus caminos, de los días pasados en ferviente plegaria y ayuno. Su murmuraba en las calles del barrio judío de Esmirna que Shabetái Tzvi era el Mashíaj, que algún día traería fin al largo y amargo exilio del pueblo judío. Desdichadamente, no

obstante, Reb Iosef Iskafa, el anciano Rav de Esmirna, había censurado este tipo de habladurías acerca de su joven talmid y, por respeto al anciano, Shabetái Tzvi se había rehusado a admitirlo en público. Pero tampoco lo había negado.

¡Con cuánta frecuencia había querido Iejiel acercarse a este hombre santo! Pero no se había animado. Entonces había conocido a Gamliel Basnoun, un emisario de Ierushalaim que frecuentemente pasaba largos períodos de tiempo en Turquía recaudando dinero para los pobres de la ciudad santa. Gamliel se había hecho amigo de Iejiel y le había revelado involuntariamente durante una de sus conversaciones que pertenecía a un grupo de hombres jóvenes a quienes Shabetái Tzvi les enseñaba Kabalá en secreto. Iejiel había rogado unirse a este grupo, y Gamliel no había dejado de desanimarlo con diversas excusas. Iejiel sospechaba que se estaba poniendo a prueba su sinceridad, y persistió en sus súplicas. Finalmente, Gamliel había consentido en llevar a Iejiel en la siguiente ocasión, pero la siguiente ocasión había tardado en venir. Y ahora, al fin, estaba aquí. Iejiel se sentía consumido por la excitación.

Los jóvenes formaron un semicírculo alrededor de la cima de la colina. Sus rostros, escondidos en los oscuros pliegues de sus capuchas, miraban hacia el mar, la dirección desde la cual se aproximaba su maestro. Ni un sonido se pronunció mientras la alta y delgada figura de Shabetái Tzvi aparecía sobre la cima de la colina iluminada por la luna y se detenía junto al tocón del roble. Llevaba un largo

atuendo de satén blanco brillante, con anchas mangas de color púrpura y cuello y dobladillo de color púrpura, y un tocado de seda blanca trenzada en oro. Radiantes gotas de agua se aferraban todavía a su castaña barba. Brillaba con un júbilo y un regocijo tan espectrales que los jóvenes no se atrevían a mirarlo directamente a la cara. Los ojos hacia abajo, se paraban en un respetuoso silencio aguardando su mando.

La mirada de Shabetái Tzvi se extendió lentamente por las inclinadas cabezas. Murmuró algo inaudible y sonrió.

–Brujim habaím –dijo en alta voz, su tono suave y musical–. Que las bendiciones del Cielo estén siempre sobre sus cabezas por tener la visión y la sabiduría de buscar la verdad.

Se sentó en el tocón del roble y extendió los brazos hacia los jóvenes, que esperaban.

–Vengan, amados hijos míos –clamó–. Vengan a congregarse alrededor mío, y les contaré los secretos del universo.

Los jóvenes fueron rápido hacia adelante. Después de una breve subida, todos estuvieron sentados en el suelo, apiñados a los pies de su maestro. Gamliel y Iejiel se sentaron juntos, con discreción, en la tercera fila, casi totalmente ocultos por los jóvenes de las primeras dos filas. Iejiel miraba fijamente con fascinación mientras Shabetái Tzvi cerraba los ojos y echaba la cabeza hacia atrás. Una mirada de éxtasis se había asentado en las pálidas facciones de Shabetái Tzvi, y comenzó a hablar.

“Durante las últimas semanas, he luchado contra las fuer-

zas de la oscuridad desde el momento en que despertaba hasta que el sueño vencía a mis exhaustos ojos. Todo el tiempo en que esta furiosa batalla rugía, no había en mi vida júbilo; la desesperación merodeaba en las sombras. Hashem Itbaraj había ocultado Su Rostro de mí, y la batalla me había arrastrado al abismo. ¡Oh, la angustia de Hester Panim!

“Pero esta noche, al fin, mis plegarias fueron respondidas. El velo fue retirado y, una vez más, Hashem Itbaraj dejó que el resplandor de Su Semblante Divino brillara sobre mí. Finalmente, fui capaz de utilizar el poder de la Kabalá para evadirme de las trabas del mundo físico. Mi alma se alzó al tercer cielo, donde los ángeles susurraron maravillosos secretos en mis oídos, secretos que me permitieron ver de un fin del mundo al otro. Era yo invencible; la victoria era mía. Al menos por esta noche, las fuerzas de la oscuridad fueron forzadas a retirarse”.

“Todavía no ha llegado el tiempo de que les revele estos secretos a ustedes, pero puedo decirles qué me ayudaron a ver. Al principio, estuve atento a...”.

El cuerpo de Shabetái Tzvi repentinamente se tensó, y dejó de hablar. La euforia se fue lentamente de su rostro, reemplazada por la frustración y la perplejidad. Sus manos empezaron a temblar. Un grito escapó de sus labios, y se levantó de un salto.

—¡No puedo seguir —gritó—. Se me está conteniendo. Siento que hay alguien entre nosotros que no debe oírlo. ¿Pero por qué? ¿Por qué?.

Shabetái Tzvi enterró el rostro en las manos, su cuerpo

temblando incontrolablemente. Los jóvenes se sentaban inmóviles con desconcierto, apenas atreviéndose a respirar. Lentamente, el temblor amainó, y Shabetái Tzvi levantó el rostro.

–Hay un extraño entre nosotros –dijo en una inquietante voz calma–. Es por eso que no podía continuar. Tiren sus capuchas hacia atrás, y encontraremos al intruso.

–¡Maestro, perdóneme! –gritó Gamliel Basnoun. Se hizo camino pasando por las dos primeras filas y cayó a los pies de Shabetái Tzvi–. Yo soy el culpable. Había un joven de lejos que no dejaba de pedirme venir a unirse a nosotros, y lo traje conmigo. Maestro, yo sólo...

–¡Suficiente, Gamliel! –dijo con brusquedad Shabetái Tzvi–. Levántate. Hablaré contigo más tarde, después de que el resto se haya ido. En este momento, que el joven hable por sí mismo.

–Sí, maestro –dijo Gamliel con humildad. Se inclinó y retornó a su lugar.

Lentamente, Iejiel se levantó, con las piernas temblorosas, su capucha echada hacia atrás para revelar sus asustadas facciones. Los otros se habían echo a un lado y ahora se paraban observando intensamente.

–Ven aquí, joven –dijo Shabetái Tzvi.

Iejiel fue hacia adelante. Se estremeció ante los ardientes ojos de Shabetái Tzvi y bajó la cabeza.

–¿Cómo te llamas, joven? –preguntó Shabetái Tzvi con una voz más suave.